

ducto en el papel constituye "deyecciones (...) y agujeros (...) como de polillas". Esta definición quizás podría fundamentar un análisis de la escritura de Viñas, desde un punto de vista perceptible en casi toda su obra pero que aquí se exacerba: el diminutivo, las metáforas corporales u orales, la reiteración infantil, como un corpus lingüístico destinado a despejar —según explica a Tununa Mercado— las "palabras entalcadas", es decir, patatas y falsas. De tal manera, es lícito dar un paso más, porque en el interior de un texto que se despliega como secreción simbólica del cuerpo, exorcismo ante el miedo y condición para sobrevivir, Viñas encuentra un lenguaje que además se relaciona a la misma base material de la estructura social e histórica de la Argentina: "estaba amasado --leemos-- (...) como con barro para hacer chorizo de rancho. O como con harina, ésa, la del trigo candeal"; "Sí, mi lechona"; "Arma-perro; fusil-caballo"; "elegir cada tomate (...) O esas moilejas jugosas"; "Loca, reloca, loquisima, pero con unos cojones como un Shorton".

Esto delinea un campo semántico que no sólo tiene que ver con una cultura oral y culinaria de los argentinos, sino con un universo de producción: el de la tierra, es decir, el de la estancia: vientre y centro de la dominación oligárquica generadora de la crisis y del arquetipo de poder que representa Alejandro Cé Mendiburu. Así se fundamentaría un postulado: desde las metáforas que instituyen un nivel de la escritura, a la teoría literaria que subyace en la novela, a la constitución de ésta como monólogo y relato-documento atravesados por la historia, *Cuerpo a cuerpo* sugiere a la crisis y a la cuestión agraria como un espacio dialéctico y totalizador, que a la vez contribuye a totalizar los distintos niveles de la obra. Ello se refuerza en el plano más abstracto de la novela: un largo poema en forma de cartas que Yantorno destina a una interlocutora con integridad desplazable; por un lado ésta es una señora oligarca, a veces con alguna semejanza a Victoria Ocampo; por otro lado es un personaje absolutamente mítico, la patria o la ciudad de Buenos Aires. Estas cartas plantean una historia metafórica de la crisis: durante el esplendor (cuando la Argentina era un "País vaca. Una estancia atiborrada de vacas") sobre Buenos Aires llovía leche; durante el peronismo será inundada por la niebla; y en los años contemporáneos por la mierda ("enormes soretas tubulares") y por la sangre. "Sangre -- escribe Yantorno -- que sale de adentro como su leche más antigua".

Entonces, desde dos personajes arquetípicos: el militar, representante degradado pero ejecutor eficaz del poder oligárquico; y el periodista, pequeño burgués que no encuentra el camino para derribar ese poder (su silencio frente al peronismo, o sea, frente a las masas, es significativo en toda la novela); y desde sus historias cruzadas, sus debates y lenguajes, Viñas construye un corte de la crisis argentina. De una parte, el exiliado de hoy; y de otra, ese teniente general desnudo y vomitado, nieto de inmigrantes anarquistas y, en la coyuntura de los años 70, una última carta para que los terratenientes preserven su dominio, y con esto la clave económica del país: la gran propiedad de la tierra, freno de cualquier desarrollo, capitalista o socialista.

Se podrían trazar reflexiones mucho más ricas sobre esta novela que, hasta en sus excesos, páginas sobrantes y experimentalismo lingüístico, es un documento de la Argentina contemporánea. Las correspondencias entre sus personajes y muchos protagonistas reales son obvias para cualquier lector sudamericano. Pero nos reduciremos sólo a dos formulaciones para cerrar esta nota. Una, que las relaciones a la matriz agraria y sus metáforas, ligadas esta obra a un campo textual que reaparece como clave fundadora de un pensamiento que desee comprender a la Argentina; y ahí podemos recordar desde un ensayista como Martínez Estrada a un poeta como Oliverio Girondo. Y otra, que esta novela --sin duda, el mayor producto literario e intelectual del exilio argentino desde 1976-- se centra en dos arquetipos, pero excluye a otro, decisivo a nuestro juicio en el desencadenamiento último de la crisis: el guerrillero, cuya novela aún no se ha escrito. Un lenguaje que llene los debates, las miserias, las obsesiones y los fracasos de César, el hombre que dirige el grupo armado que le aplica un tiro de gracia a Alejandro Cé Mendiburu, es, quizás, una obra en busca de autor. Igual que la del dirigente obrero que sobrenada entre los dos destinos históricos del proletariado argentino: el peronismo y el clasismo revolucionario.

Quizá David Viñas sea más conocido en México por *Hombres de a caballo*, novela publicada por Siglo XXI en 1967: allí se narra el mundo de los militares, especialmente de la caballería -- con su apogeo, contradicciones y miserias -- en función de una concepción del poder vertical y despiadado. Recientemente, la misma editorial Siglo XXI, acaba de editar *Cuerpo a cuerpo*, novela que el mismo Viñas considera "una vuelta de tuerca" respecto de la anterior: no ya el poder del ejército, sino el poder encarnado en una figura capital de esa institución. El general Alejandro Cé Mendiburu como condensación de lo que el poder tiene como humillador y fascinante. De brutal y, a la vez, de sofisticado. Tal cual ocurre en la Argentina de 1979.

En una reciente carta enviada a algunos amigos residentes en México, David Viñas denuncia la desaparición de su hijo, Lorenzo Viñas, y de su esposa Claudia. El videlismo, dice el escritor en ese documento, "como mata en silencio parece que no mata".

**a** ti te consideran habitualmente como un "escritor social"; tal vez haya un equivoco porque lo que siempre preconizaste fue una literatura de "denuncia". En todo caso, ¿dirías que *Cuerpo a cuerpo* es una "novela social" o lo que se entiende más o menos corrientemente por eso?

— Más bien: una "novela asocial". Característica que podría visualizarse, de inmediato, en esa sutileza que puso el redactor del texto de la contratapa: "Que esta novela jamás podrá entrar a la Argentina". . . . Se me ocurre por eso, que si *Hombres de a caballo* tuvo problemas en 1968 con la dictadura del general Onganía, *Cuerpo a cuerpo* — en 1979 — ya no los tendrá con Videla. . . . De alguna manera con ambos libros — creo — se ratifica la trayectoria del escritor argentino crítico: marginal, intersticial en la década pasada; el exilio — hoy — corrobora un itinerario previsible.

— Si se entiende bien, estás queriendo decir que tu libro, como tú mismo y los que se podría considerar como escritores "críticos" de la Argentina — valdría la pena decir quiénes son y desde qué punto de vista — estarían como sometidos a un itinerario prefijado, a una especie de "destino". ¿Entiendo bien?

— Y, en la mayoría de los países de América Latina (para no abundar), la suma de condicionantes se convierte en "destino". Y si, en 1968, *Hombres de a caballo* ponía en cuestión — o se burlaba o parodiaba — la sacralidad del ejército argentino, diez años después — con *Cuerpo a cuerpo* — si la metáfora central del libro es un grotesco del poder castrense encarnado en eso que allá se llama "un general de la nación", aquella línea de fuerzas no sólo se corrobora, sino que parece subrayarse.

— Creo ver dos líneas en tu razonamiento: el desarrollo político de nuestros países y lo que ocurre con los escritores que no quieren engañar a su respecto. Pareciera que, frente al proceso, al escritor no lo espera otra cosa que el exilio, si no la muerte.

— Yo diría: su asunción. O, si prefieres, para no usar palabras tan aterciopeladas: un arrancón de ese objeto que a muchos, aún, nos cuelga del centro de la barriga: el cordón umbilical. (Interpretaciones heterodoxas son legítimas)... Una forma tajante de profundizar el exilio. De llevarlo a su crispación. O, dando un rodeo: una forma de "dejar de ser argentino". . . .

— ¿Qué quiere decir eso?

— Quiere decir abandonar las expectativas fáciles con el regreso (y la serie de triunfalismos que eso implica). . . . Por un lado. Y, por el otro: exigir — y exigirme — un regreso eventual con todo el margen de criticismo y de incómoda adultez que presupone — creo — la redacción de *Cuerpo a cuerpo*.

— Puesto que vuelves a *Cuerpo a cuerpo*, ¿no era que iba a llamarse inicialmente *Tango*? Como a nadie se le escapa que esta palabra es muy connotada, ¿por qué la abandonaste?

— En efecto, se iba a llamar *Tango* pero alguien fraternal me insinuó que ese título cargaba con una fuerte dosis de inmediatismo. Te diría, aún más, de cierta demagogia. Acepté ese cuestionamiento. Me costó, pero lo acepté. Y fui advirtiendo (a partir, precisa-



mente, de esa tirada por la borda del folclorismo implícito en la palabra *Tango*, que esa posible danza, ese baile, se iba crispando. El ademán del abrazo se iba trocando — o degradando — en tironeo. En un pegoteo exacerbado, sudoroso, cada vez más implacable en sus tensiones como en su intento de lucidez. El abrazo se me transformaba en estrangulamiento. La danza en potémica. El baile en "clinch". En una especie de lucha con.

— Se me ocurre la palabra "Angel". ¿Me equivoco?

— Sí, si. Algo así. En poesía se usa como lectura teológica. Con "cejas levantadas". . . . O bíblica.

— La Biblia y el calefón, dice Discépolo: esa mezcla parece bien argentina y tu novela también lo es como lo es, tradicionalmente, todo corte con el folclore, toda renuncia al "ser" argentino canchizado, estereotipado. Me preguntó cuáles tu manera de renunciar, de cortar.

— Desprenderme de la calle Corrientes, por ejemplo de mi calle Corrientes. O, si lo prefieres, la novela me lo propone en forma de una mezcla de la calle Corrientes y de la Biblia. . . . El tango con un general argentino se me iba transformando en un "cuerpo a cuerpo con el Angel".

— ¿Con quién será el "infighting"? En este baño bíblico ya nos estamos acercando a Jehová.

— Quizás. A lo mejor. A Jehová, pero también un general implacable y seductor. También al poder en general. Y a mi padre en particular. Y a . . .

— ¿Y al propio Viñas?

— Por lo menos a la parte de mí mismo que más me repugna.

— Dicho esto parece natural preguntar por la parte tuya que más te fascina.

— También está presente. Dicho con jerga política: la porción más fascista que tengo metida muy adentro. Entre las tripas. Boyando en el cerebro.

— Estoy empezando a creer que *Cuerpo a cuerpo* es para ti algo románticamente, o mejor, freudianamente, una doble sublimación, para lo mejor y para lo peor, una rendición de cuentas o un suicidio y, por el otro lado, una apelación a la salud, un pedido, o un grito.

— Es algo más móxico: una suerte de autocrítica. Cristianamente: algo muy parecido a un examen de conciencia. Jesuíticamente: un ejercicio espiritual. Freudianamente: un ademán masoquista.

— Freudianamente, otra vez, falta lo latente en tu rendición de cuentas: ¿qué es para tí, en qué consiste el revés de la trama?

— Como les decía el viejo Stanislavsky a sus alumnos: "— Querido, cuando quieras que te salga un buen avaro, acuérdate de los momentos en que es generoso. . . . " Pues bien, *Cuerpo a cuerpo* — presumo — también implica un cuestionamiento de las porciones y rezagos de fascismo que todos tenemos zambullidos entre el cerebelo y el páncreas. . . . Y si hay un esfuerzo de autocrítica, también hay una saludable dosis de autorreconocimiento. Incluso: de autogratificación. Quiero decirte: me arrugó — desde ya — escribir *Cuerpo a cuerpo*, pero también me alegró, me divertió, me hizo reír (aunque fuera de bronca), gocé, recordé cuando gozaba en Buenos Aires. Digamos: la fuerte cuota masturbatoria que conlleva la producción de textos. Digo: para recomponer el tono.

— Parece que nadie puede estar al margen de las culpas, hasta en el más decidido aparece el cristianismo.

— ¿En la otra cara de la moneda del examen de conciencia? — Un cierto ademán parecido al de Cristo con los mercaderes del templo.

— Supongo que esto no es todo en cuanto al "revés de la trama"; debe haber también algo detrás de la culpa y el masoquismo cristiano.

— Si es previsible, una fuerte y saludable dosis de sadismo. De agresión. De puñetazo, ta-

1. María Luisa Bastos, *Borges ante la crítica argentina, 1923-1960*, Ediciones Hispamérica, Buenos Aires.

2. Jaime Sarusky, "Entrevista con David Viñas", *Revista Margen* 3:4, París, 1967. Allí Viñas, refiriéndose a su obra, dice: "Literatura totalizadora es lo que se pretende hacer".

rascón o navajazo hacia afuera: contra el poder —ya le dije—, contra las humillaciones, contra...

— ¿Las palabras también?

— Me sospecho que también: contra las palabras aseñoradas. Contra las palabras entalladas. Contra las palabras tersas. Contra las palabras "culito de bebé". Contra las palabras "comme il faut". Contra las palabras pertinentes.

— Las palabras no son nada, por cierto; ya empiezan a molestar cuando vienen junto a otras, en frases, en lo que ahora se llama "discurso". Parece que hay discursos diferentes. ¿El tuyo se opone al discurso fascista?

— Más o menos. Por ahí es sólo un conjuro frente a la nomenclatura autoritaria. Y digámoslo: burguesa. Del "hombre a la defensiva" de 1930 al "hombre de la represiva" de 1980. . . . Burguesa en su exacerbación, si prefieres. . . . Ese discurso del poder que nos impregna —me impregna— y por el que soy hablado. Somos hablados y. . . . Del que intento ser un lapsus. . . .

— Esas elecciones, insisto, de un discurso contra otros suelen ser solitarias, son un "cuerpo a cuerpo" de la conciencia y de la escritura. Para que lleguen a ser sociales deben pasar, creo, la prueba de la eficacia. ¿Crees que has logrado pasarla en Cuerpo a cuerpo?

— No. No. Más bien todo lo contrario: presiento que implica todo un itinerario para comprobar no sólo mis límites (los límites de la situación del escritor argentino y, quizá, del de América Latina), sino mi fracaso. La aventura del texto de *Cuerpo a cuerpo* es eso: el contrincante del general, el cuestionador o coleccionista de los datos del poder es un periodista. . . . Y al cierre, comprueba sus límites como un círculo. Y no hay círculos virtuosos. A lo sumo, esa otra figura de la novela ejercita la moral del prisionero: palpa los muros de su celda, la textura de ese círculo inobjetable, y la denuncia. La escribe. Como se dice: se escribe como prisionero. Subraya —se inscribe— en los límites de su insuperable circuito. No puede saltar más allá de sí mismo.

— Pero siempre puede haber un rescate, imaginario al menos, por el hecho de imaginarlo.

— Sí, se salva imaginariamente. Que es la única forma de salvarse. Digo: si alguna salvación existe.

— Otra vez el cristianismo. Me pregunto si el cristianismo es sólo para los cristianos o es ese revés del que hablabas.

— ¡Qué mayor prueba de ejercicio de lo imaginario que el cielo, esa localidad tan desprestigiada como nebulosa!

— ¿Hablamos de otra cosa?

— Sea. Conviértamonos en una metonimia. . . .  
— Ya que no podemos cambiar de libro (o de país), cambiemos de conversación. . . .  
¿Qué opinas del llamado "boom" de la novela latinoamericana?

— Pero, entonces, lo que me pides no es una opinión; más bien me estás solicitando una plegaria. . . .

— No, ¿por qué? No te estoy pidiendo que "eleges" tu voz sino que marques tus distancias o afirmes tus proximidades. Por otro lado, personalmente, el tema no me parece tan sagrado.

— Perdón. Debe ser porque estaba pensando en lo del comienzo: sí, por un lado, en *Cuerpo a cuerpo* se cuestionan las órdenes (esto es, el discurso que "cae" de arriba hacia abajo) eso, por otro lado, quizá me haya indisputado con el además opuesto y complementario: "la plegaria". . . .

— ¿Entonces?

— Pienso que su mayor desdicha —más allá de los logros y limitaciones que habrá que evaluar con pausa y lucidez— es precisamente eso: la nomenclatura mercantilista. Boom. Búm. En cuyo revés de trama ya está inscrito su "destino": *crash*.

— ¿No te parece que son demasiados ruidos?

— Es otro aspecto del problema. Y complementario: alguna vez lo comenté en México: "mucho ruido y pocas nueces". . . .

— ¿Pocas?

— Sí. Pocas. Porque algunas —quizá— muy fecundas. . . . Pero, me sospecho, que también con ese fenómeno cultural-mercantilista, habría que actuar como insinuaba Stanislas-

ky: verificar el revés de la trama. El avaro/generoso. . . . Digo: si para tomar un ejemplo epónimo — Carlos Fuentes — hizo mucho ruido con el *búm*, me interesaría comprobar qué pasaba con el "no-ruido", con el silencio con que se intentó ningunear a —por ejemplo, también— José Revueltas.

— En la Argentina no ha pasado algo similar, en tu opinión?

— No sé si en el eje del *búm*. En su epicentro. Quizá más lateral. O previo: Borges. Jorge Luis Borges.

— De Borges se tiene la idea de que es un caso aparte. ¿Crees que también él, o la imagen que se tiene de él, puede ser entendido según esta figura del "boom"?

— Sí. En lo que el *búm* tiene de inflacionario.

— Insisto, ¿no te parece que es un fenómeno aparte? Ni Fuentes, ni Cortázar, ni García Márquez, ni Donoso.

— Con ciertas zonas y matices aparte, desde ya: sí. Pero su eje fue englutido por lo bumbástico. Con una salvedad: que ese proceso, con Borges, no ha servido solamente a lo mercantilista. Sino a lo político. Quiero decirte: el proceso de inflación producido en torno a Borges (impregnado de elementos sacralizantes y, por lo tanto, intimidatorios) ha sido llevado adelante —de manera muy mediatizada y sutil— nada menos que por el poder de los militares argentinos. Hasta convertirlo en un "ídolo".

— Visto gramscianamente, pero al revés, ¿sería Borges el intelectual orgánico de los militares argentinos?

— No exactamente. Porque, hoy, los gobiernos autoritario-castrenses de América Latina no necesitan intelectuales orgánicos. Ellos mismos son sus intelectuales orgánicos: así, el general Golbery Do Couto e Silva con su *Geopolítica do Brasil*; el general Augusto Pinochet Ugarte, con su *Geopolítica*; el general Meira Mattos con su *Geopolítica e destino*. . . .

— Pero ¿qué tiene que ver Borges con todo eso?

— Nada. O casi nada. Pero tomando todos los recaudos del caso, mediaciones, series y demás pararrayos, te propongo que leamos con atención no ya la secuencia que la través de una "literatura analgésica" vincula a Borges con el Macedonio Fernández de la elusión del cuerpo como lugar donde se verifica la muerte sino la otra fisura intertextual que lo enhebra con el Leopoldo Lugones de *La gran de Argentina* o del "elogio del sable" con motivo del centenario de Ayacucho. . . . Y te repito: en lo más íntimo de los textos borgianos, me sospecho, aparecen los refinados ingredientes que han condicionado el *búm* que los Videla y los Pinochet han celebrado con él. . . .

— En el fondo de esta reflexión hay algo que suena a marxismo, pero, desprestigiadamente, a marxismo "vulgar".

— Es el riesgo que se corre. Pero ese membrete sirve —hoy, ya— tanto para un zurcido como para un cosido. . . . España —en otro orden de cosas homólogo— exhibe una versión de esa "descalificación": la secuencia es ésta: "Seamos socialistas antes que marxistas. "Vale. "Seamos demócratas". Vale. Esto es: seamos tan genéricos, que todos nuestros posibles relieves sean tirados por la borda con el pretexto de "no incurramos en el marxismo vulgar". Con otras palabras: "Seamos anticomunistas, señores." Sea. . . . Como "Marx ha muerto", asistimos "al final de las ideologías". Cuando lo real es que asistimos a la "realización de las ideologías". . . . Yo, frente a eso, hasta me declaro dispuesto a reivindicar a Stalin. Y trato de entenderlo. Incluso, de analizarlo, negándome a tratarlo como "la bestia negra" de. . . .

— ¿He oído bien? ¿Estás hablando de Stalin, del mismo?

— Sí. Porque voy verificando, día a día, que se va convirtiendo en el fácil chivo emisario de todo lo que no funcionó desde 1930 hasta 1950. Eso sí que es teología. Maniqueísmo. Idealismo vulgar. Algo parecido —con todos los matices del caso, nuevamente— aconteció con Codovila, dirigente del comunismo argentino durante el primer peronismo: no solo fue convertido en el organizador de la "incomprensión" del peronismo desde la izquierda, sino que —además— llegó a ser cuestionado porque hablaba español como un "bachicha". . . .

— ¿Y Perón?

— Vale la pena la pregunta. Vaya. Con sólo pensar que "Perón" es la palabra que más hemos repetido los argentinos contemporáneos después de "mamá". . . . Por un lado, me interesaría analizarlo en virtud del "pacto populista" que echa luz sobre sus orígenes. Su balanceo entre un nuevo proletariado industrial, recién llegado del campo, en los años treinta y cuarenta, y los nuevos industriales de esos mismos años (beneficiarios directos de la sustitución de importaciones y de la acumulación producida durante los años 1939-1945). . . . También me interesaría ubicar a Perón en la serie de movimientos populistas que van desde Vargas a Velasco Ibarra pasando por el

APRA o por el MNR boliviano. . . . Incluso extender esa secuencia, por lo menos, hasta Nasser y Sukarno. Y aun a Cárdenas, por su populismo. Digo: para tratar de ir trazando ciertas cordenadas que puedan ayudar a situar, a comprender y a evaluar el proceso Perón. . . . Pero, además, me interesaría. . . . Me interesa (y hasta apasiona como para plantearlo en un posible ensayo), el paralelo entre Perón y Borges. . . .

— ¿Borges y Perón?

— Sí. Porque las diferencias entre ambos son suficientemente notorias, los parentescos son los más arduos, recónditos y, eventualmente, más movilizadores. ¿Lo específico? Desde ya. Pero lo específico de la literatura (o de la política) no se agota en su especificidad. . . . Borges y Perón por lo tanto, "dos ancianos de la tribu" en una suerte de tótems. . . .

— Supongo que no todos los argentinos los consideran de este modo.

— Desde ya. Esa sería una primera matización; la de qué clase ha contribuido a la "teologización" tanto de Borges como de Perón. . . . La clase media en su sentido más amplio. Sea. Porque esa "fetichización" no fue llevada a cabo por la clase obrera: con Perón porque lo conocían desde el 1945 (y el envés de su sonrisa), y con Borges porque no lo leen. . . . Las clases medias: la zona más "liberal" de esta napa, va de suyo, santificó a Borges; la parte más "nacionalista", sacralizó a Perón. . . . Pero lo que me parece más interesante es, precisamente eso: cómo una comunidad, un grupo clave y muy denso de esa comunidad, exaltó vertiginosa y acríticamente a dos "ancianos". . . .

— Pregunta casi obligada: ¿qué opinas de Cortázar?

— Que cada vez me interesa más. Habiendo discrepado en aspectos capitales y viniendo de las dos puntas más extremas del "tablón" argentino. . . . *Rayuela*, el "cielo" de *Rayuela*, me parece la culminación necesaria y hasta previsible de la "civilización" propuesta por el *Facundo* (esa denegación de la "barbarie" y esa inquietud frente al espacio propio y carcomido de *Casa tomada*). . . . Pero el "cielo" europeo de Cortázar, de su *Rayuela*, de su "ci-

vilización" ansiada, se le va arrugando cada vez más a partir de su instalación en París. En ese "paraíso" inventado por los victorianos. En ese mito pequeño-burgués. . . . Y cuando el itinerario de Cortázar (de la materia al espíritu) se entrecruza con el opuesto y complementario de Régis Debray (que salta *La frontera* y su Malraux y su Escuela Normal Superior) en busca de esa materialidad que, vertiginosamente, se le plantea primero a Cuba y, luego, en Camiri. . . . Son dos itinerarios opuestos y complementarios. . . . Y con Julio Cortázar se. . . .

— Estás, creo, considerando actitudes. ¿Qué pasa con Octaedro y con los otros libros?

— Le repito: discrepancias. Pero, cada vez más, coincidencias: él declara haber descubierto América; yo —quizá— haya descubierto Europa. Cortázar, declara haber vislumbrado algo que siempre eludó: la política; yo, a lo mejor, recién ahora haya vislumbrado la literatura. Cortázar acaba de presentir la "realidad". El lo dice. Yo, ojalá, haya presentado las hadas. Los fantasmas. O el sueño. Los malos sueños. Quiero decirte: las pesadillas. Que, probablemente, prefería no terminar de ver. . . . Pero de lo que estoy más seguro, es que Cortázar ha liquidado los biombos (figuras que permanentemente lo obsedian como elemento de separación). Hoy, ha tendido los puentes. Nuevos puentes. Quizá haya podido escamotearse a su "círculo". Ojalá.

— Pero, sobre todo, Cortázar —parecería que ha quemado sus propias naves.

Me sospecho que sí. Y, tú sabes: "No hay nada más estupendo que contemplar el humo de las propias naves quemadas". . . .

— ¿Tú quemaste las tuyas, Viñas?

Francamente: jamás supe si tenía naves. O no. Más bien "naufrajo", no "floto". . . .

— ¿Volviste a la Argentina?

— No.

— ¿Por?

— Por miedo.

— ¿De que te obliguen a callar cosas que sabes?

— No. No. Todo lo contrario: de que me obliguen a decir cosas que no sé.